

riera un siglo, los descendientes de estos mismos españoles ditinguieron en los misterios de la religion azteca, rasgos oscuros y desfigurados de la revelacion cristiana y de la de los judíos (40). Tales fueron las opuestas conclusiones del ignorante soldado y del literato. Un filósofo libre de la supersticion, podria dudar cuál de las dos es mas extraordinaria.

La vista de las abominaciones indias, parece infundió en los españoles un sentimiento mas vivo por su propia religion; pues el dia siguiente pidieron permiso á Montezuma para convertir en capilla uno de los salones de su residencia, con el objeto de celebrar allí las ceremonias de su iglesia. El monarca, en cuyo pecho pronto se habia extinguido todo resentimiento, fácilmente accedió á la demanda, y envió á algunos aztecas para que les ayudaran en sus trabajos.

Mientras esto se hacia, algunos de los españoles observaron una cosa que parecia puerta recientemente tapiada. Decian comunmente que Montezuma aun conservaba los tesoros de su padre el rey Axayacatl en este antiguo palacio, y los españoles sabiendo ese hecho, no escrupulizaron satisfacer su curiosidad removiendo el yeso que formaba la pared. Como se habia creido, ocultaba una puerta, y forzándola encontraron que aquel rumor no era exagerado. Vieron un espacioso salon lleno de ricas y hermosas telas, curiosas manufacturas de varias clases, oro y plata en barras y en pasta, y muchas joyas de valor. Formaba todo esto el tesoro privado de Montezuma; tal vez las contribuciones de las ciudades tributarias, y en un tiempo la propiedad de su padre. „Era yo joven,” dice Diaz, que fué uno de los que vieron este tesoro, „y me pareció que todas la riquezas del mundo estaban en aquel sitio” (41). Los españoles, sin embargo de su alegría por el descubrimiento de este precioso depósito, parece que sintieron al menos por entonces, un loable escrúpulo de apropiárselo; y Cortés despues de hacer que se cubriese la puerta como antes estaba, dió estrictas órdenes sobre que nada se dijera del asunto, no queriendo que llegase á oídos de Montezuma que sus huéspedes sabian la existencia del tesoro.

Tres dias fueron bastantes para concluir la capilla; y los cristianos tuvieron la satisfaccion de verse en posesion de un templo, donde pudieran tributar á Dios el culto de sus mayores bajo la proteccion de la Cruz y de la sagrada Virgen. Diariamente celebraban misa los padres Olmedo y Diaz en presencia de todo el ejército, que era muy solícito y ejemplar en su devocion; parte, dice el historiador arriba citado, por la naturaleza del acto, y parte por la influencia edificante que debia ejercer en el iluso infiel (42.)

(40) Véase el Apéndice, part. 1.

(41) „Y luego lo supimos entre todos los demas capitanes, y soldados, y lo entramos á ver muy secretamente, y como yo lo vi, digo que me admiré, é como en aquel tiempo era mancebo, y no habia visto en mi vida riquezas como aquellas, tuve por cierto, que en el mundo no debiera haber otras tantas.” Hist. de la conquista, cap. 93.

(42) Ibid., lug. cit.

### CAPITULO III.

ANSIEDAD DE CORTES.—PRISION DE MONTEZUMA.—TRATO QUE RECIBIÓ DE LOS ESPAÑOLES.—EJECUCION DE SUS OFICIALES.—PONENSELE GRILLOS.—REFLEXIONES.

1519.

Habian estado ya los españoles en Méjico una semana, en cuyo tiempo habian recibido del emperador el trato mas amistoso; pero el ánimo de Cortés se hallaba muy lejos de estar tranquilo. Conocia que era incierto cuánto tiempo duraria esta benévola disposicion. Mil circunstancias podrian ocurrir que la cambiaran. Debia naturalmente hallar demasiado gravoso para su erario el sostenimiento de tan crecido número de hombres. Los habitantes de la capital podian al fin disgustarse con la presencia de una fuerza armada tan numerosa dentro de sus murallas; muchas causas de disgustos podian suscitarse entre los soldados y los ciudadanos. Ciertamente apenas era posible que una soldadesca ruda y licenciosa cual la de los españoles pudiera conservarse sujeta sin distraerla con alguna ocupacion activa (1). Era mayor el peligro con los tlascaltecas, raza feroz puesta diariamente en contacto con una nacion á quien aborrecia y detestaba. Corrian ya rumores entre los aliados, fuesen fundados ó no, de murmuraciones de los mejicanos, acompañadas de amenazas de levantar los puentes (2). Aun cuando por entonces se hubiera permitido á los españoles ocupar

(1) „Los españoles,” dice Cortés francamente de sus compatriotas, „somos algo inoportunos, é importunos.” Rel. seg., en Lorenzana, p. 84.

(2) Gomara, Crónica, cap. 84.

Hay razon para dudar de la verdad de estos cuentos. „Segun una carta original que tengo en mi poder firmada de las tres cabezas de la Nueva-España en donde escriben á la Magestad del Emperador Nuestro Señor (que Dios tenga en su santo reino), disculpan en ella á Motecuhzoma y á los mejicanos de esto, y de lo demas que se les arguyó, que lo cierto era que fué invencion de los tlascaltecas, y de algunos de los españoles que veían la hora de salirse de miedo de la ciudad, y poner en cobro innumerables riquezas que habian venido á sus manos.” Ixtlilxochitl, Hist. chich., MS., cap. 85.

sus cuarteles sin molestarlos, nada se avanzaba con esto en el grande objeto de la expedicion. Cortés nada habia adelantado acerca de ganar la capital, paso tan esencial para la meditada subyugacion del pais, y algun dia podia recibir noticias de que la corona, ó lo que él mas temia, el gobernador de Cuba, habia enviado una fuerza superior para arrancarle una conquista solo medio concluida. Turbado con tales reflexiones, resolvió salir de este embarazo con un golpe atrevido; pero primero sujetó su proyecto á la resolucion de un consejo, compuesto de los oficiales en quienes mas confiaba, deseando dividir con ellos la responsabilidad del acto, é indudablemente interesarlos mas vivamente en su ejecucion, haciéndolo hasta cierto punto el resultado de su opinion combinada.

Cuando el general refirió brevemente las dificultades de su posicion, dividióse el parecer del consejo. Todos convinieron en la necesidad de tomar una medida pronta. Unos estaban por retirarse secretamente de la ciudad, y acabar de pasar las calzadas antes de que pudiera estorbarse su marcha. Otros aconsejaban se hiciese públicamente con conocimiento del emperador, de cuya benevolencia, habian tenido tantas pruebas; pero estas dos medidas, parecieron igualmente impolíticas. Una retirada en tales circunstancias, y hecha tan intempestivamente, podia parecer fuga. Tal vez se atribuiria á desconfianza de sí mismos, y cualquiera cosa que pudiera parecer temor por su parte, no solamente atraeria sobre ellos todas las fuerzas de los mejicanos, sino el desprecio de los aliados que indudablemente se unirian á sus enemigos. En cuanto á Montezuma, ¿qué confianza podian tener en la proteccion de un príncipe poco tiempo antes su enemigo, y que podia haber cambiado de porte por temor mas bien que por inclinacion?

Ademas, aun cuando lograsen llegar á la costa, no por eso se mejoraria su situacion. Con esto manifestarian al mundo que despues de su orgullosa vanagloria, la empresa era superior á sus fuerzas. La única esperanza de obtener el favor de su soberano y el perdon de su conducta irregular, se fundaba en el buen suceso de la expedicion. Hasta entonces solo habian conseguido el descubrimiento de Méjico; retirarse era dejar para otro la conquista y sus frutos. En una palabra, permanecer en la ciudad ó retirarse parecia igualmente peligroso.

En esta incertidumbre, propuso Cortés un arbitrio, que solo el mas resuelto espíritu en el extremo mas desesperado pudiera concebir. Fué este el marchar al palacio real y trasladar á Montezuma á los cuarteles españoles por medios suaves si podian persuadirlo á ello, ó por fuerza si era necesario; pero en todo caso apoderarse de su persona. Con esta prenda estarian libres los españoles de todo ataque por parte de los mejicanos, quienes temerian ejercer actos de violencia que comprometieran la seguridad de su príncipe. Si venia por su propio consentimiento, no tenian que excusarse de su conducta; y mientras que el emperador permaneciese entre los españoles, seria fácil, dejándole un simulacro de soberanía, gobernar en su nombre hasta que hubieran tomado las medidas necesarias para su seguridad y el buen suceso de la expedicion. La idea de emplear como un instrumento á un soberano para el gobierno de su propio rei-

no, si era nuevo en el siglo en que existió Cortés, no es ciertamente en el nuestro (3).

Una circunstancia de que Cortés habia recibido noticia en Cholula, proporcionó un pretexto plausible para la prision del hospitalario monarca, pues las acciones mas desvergonzadas procuran siempre cubrirse con un velo de decencia (4). Al partir para la capital habia dejado en Veracruz, como hemos visto, á un valiente oficial, Juan de Escalante, con ciento y cincuenta hombres de guarnicion. No habia estado mucho tiempo ausente, cuando su lugarteniente recibió un mensaje de un gefe azteca llamado Quauhpopoca y gobernador de un distrito situado al norte del establecimiento español, en que declaraba su deseo de venir en persona á celebrar alianza con las autoridades españolas de Veracruz. Pidió se le enviaran cuatro hombres blancos que pudieran protegerle contra ciertas tribus enemigas, por cuyo territorio tenia que pasar. No era esta una peticion poco comun para que excitara sospecha alguna en Escalante. Enviáronse los cuatro soldados, y cuando llegaron, dos de ellos fueron asesinados por el falso azteca, y los otros lograron escaparse y regresar á la guarnicion (5).

(3) Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 84.—Ixtlilxochilt, Hist. chich., MS., cap. 85.—P. Mártir de Angleria, de Orbe novo, déc. 5, cap. 3.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 6.

Bernal Diaz, refiere este hecho de diversa manera. Segun él, varios oficiales y soldados en cuyo número se contaba él mismo, sugirieron á Cortés la prision de Montezuma, quien sin vacilar adoptó el plan. (Hist. de la conquista, cap. 93.) Esto era contrario al carácter de Cortés que en tales ocasiones dirigia las cosas y nunca se dejaba gobernar. Es tambien contrario á la opinion general de los historiadores, aunque estos, debe confesarse, casi siempre descansan en las aserciones del general. Lo es á toda probabilidad; pues si la idea parece demasiado desesperada para haberse concebido seriamente por un hombre, cuánto mas improbable es que lo hubiera sido por muchos. Finalmente, es contrario á la positiva asercion escrita por Cortés al emperador, públicamente sabida y circulada, confirmada por la imprenta por su capellan Gomara; y todo esto cuando los acontecimientos aun eran recientes, cuando las partes interesadas aun vivian para poderlos contradecir. No podemos menos de pensar que Bernal Diaz aquí, como en el caso del incendio de las naves, se da á sí mismo y á sus compañeros mas gloria de la que les pertenecia; equivocacion por la cual el trancurso de medio siglo, sin decir nada de su manifiesta ansiedad por acallar los clamores de aquellos, puede ofrecer alguna disculpa.

(4) Aun Gomara tiene la sinceridad de llamarlo „un pretexto;” —achaque. Crónica, cap. 83.

(5) Bernal Diaz refiere tambien este suceso de diverso modo. Segun él, el gobernador azteca iba facultado para obligar á los totonacas al pago de los tributos ordinarios, y Escalante tomando parte en esto con el objeto de proteger á sus aliados, súbditos ya de España, fué muerto en la accion que dieron al enemigo. (Hist. de la Conquista, cap. 93.) Cortés tuvo mejores medios de conocer los hechos, y escribió al mismo tiempo que ellos ocurrían. Comunmente confiesa su política, por se-

Entonces marchó el comandante á la cabeza de cincuenta de sus soldados, y algunos miles de los indios aliados á tomar venganza del cacique. Siguióse una batalla campal, en la que los segundos huyeron de los formidables mejicanos; pero los pocos españoles se mantuvieron firmes, y con la ayuda de sus armas de fuego y de la sagrada Virgen, á quien distintamente se vió volar sobre las filas de la vanguardia, ganaron el campo al enemigo. Costóles sin embargo caro, pues fueron muertos siete ú ocho cristianos, y entre ellos el valiente Escalante, que sucumbió á sus heridas poco despues de haber regresado al fuerte. Los indios que se hicieron prisioneros en la batalla, declararon que todo se habia hecho por instigacion de Montezuma (6). Uno de los españoles cayó en manos de los nativos, pero poco despues murió de sus heridas. Cortósele la cabeza, y fué enviada al emperador azteca. Era extraordinariamente grande y cubierta de cabello. Cuando Montezuma dirigió la vista sobre sus feroces facciones que la muerte habia vuelto mas horribles, le pareció leer en ellos los oscuros rasgos de los hombres destinados á destruir su casa. Apartó su vista con horror, y mandó que le sacaran de la ciudad, y no se ofreciera en ninguno de los santuarios de sus dioses.

Aunque Cortés recibió en Cholula la noticia de este desastre, la habia ocultado en su pecho, ó comunicado solamente á muy pocos de sus mas leales caballeros, por temor del mal efecto que podria producir en el resto de los soldados.

Los oficiales á quienes habia convocado para el consejo, eran hombres de la misma bizarría que su gefe; su denodado y caballeresco espíritu, parece que solicitaba el peligro para acometerlo. Si uno ó dos menos amigos de las aventuras se sobresaltaron con la propuesta del general, pronto fueron predominados por los otros, quienes sin duda consideraron que una enfermedad desesperada, necesita tambien desesperados remedios.

Oyóse aquella noche á Cortés pasearse de un extremo á otro de su habitacion, como un hombre oprimido de un pensamiento penoso, ó agitado de una emocion violenta. Tal vez estaria madurando en su mente la empresa del dia venidero (7). En la mañana de este, asistieron los soldados á misa como de

vera que sea respecto de los nativos, y yo he creído mejor concederle la ventaja de traducir la relacion que él hace de este hecho.

(6) Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 5.—Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, pp. 83 y 84.

La aparicion de la Virgen, fué solo vista por los aztecas, quienes ciertamente debian disculparse del mejor modo posible con Montezuma; circunstancia sospechosa que no hizo dudar á las españoles. „Y ciertamente, todos los soldados que pasamos con Cortés tenemos muy creído, y así es verdad, que la misericordia divina y Nuestra Señora la Virgen María siempre era con nosotros.” Bernal Diaz, Hist. de la Conquista, cap. 94.

(7) „Paseóse un gran rato solo, y cuidadoso de aquel gran hecho que emprendia, y que aun á él mismo le parecia temerario, pero necesario para su intento, andando.” Gomara, Crónica, cap. 83.

ordinario, y el padre Olmedo, invocó la bendicion del cielo sobre su arriesgada empresa. Fuera cual fuese la causa en que iban á comprometerse los españoles, alentábanse con el convencimiento de que tenian la proteccion de los santos (8).

Habiendo solicitado una audiencia de Montezuma que fué prontamente concedida, hizo el general los preparativos necesarios para poner en planta su proyecto. Colocó la parte principal de sus fuerzas en el gran patio; y puso un considerable destacamento en las calles que conducian al palacio á fin de contener cualquiera tentativa que hiciera el pueblo para rescatar á su soberano. Dispuso que veinticinco ó treinta de los soldados se dirigieran al palacio, y mientras se celebraba la conferencia con Montezuma, entraran como por accidente en grupos de tres ó cuatro. Eligió para acompañarle cinco caballeros en cuyo valor y serenidad tenia mas confianza, á saber: Pedro de Alvarado, Gonzalo de Sandoval, Francisco de Lujo, Velazquez de Leon, y Alonso de Avila; brillantes nombres en los anales de la conquista. Todos, así como los soldados, estaban completamente armados, circunstancia demasiado comun para excitar sospechas.

La pequeña partida fué recibida benignamente por el emperador, quien pronto con la ayuda de los intérpretes, entabló con los españoles una festiva conversacion, al mismo tiempo que desplegó su natural munificencia distribuyéndoles presentes de oro y joyas. Pagó al general el singular cumplimiento de ofrecerle por muger á una de sus hijas, cuyo honor rehusó disculpándose con que estaba ya enlazado en Cuba, y su religion prohibia la poligamia.

Cuando vió Cortés que se hallaba reunido un número suficiente de sus soldados, cambió sus festivos modales y refirió brevemente á Montezuma, la desleal conducta observada en la tierra caliente, de la cual se le daba por autor. Escuchó el emperador esta acusacion con sorpresa, y negó haber tenido parte en el hecho, que dijo solo podia habersele imputado por sus enemigos. Cortés expresó que daba crédito á su asercion; pero agregó que para probar ser cierta, era necesario enviar por Quauhpopoca y sus cómplices para examinarlos é imponerles el merecido castigo, á lo cual no puso objecion Montezuma; y tomando de su pulsera á la cual estaba unido el gran sello, que era una piedra preciosa en que estaba grabada la imágen del dios de la guerra (9), lo dió á uno de sus nobles con órden de mostrarlo al gobernador azteca, y prevenirle se presentara inmediatamente en la capital, con todos los que habian tenido intervencion en el asesinato de los españoles. Si se resistia, iba facultado el comisionado para llamar en su auxilio á las ciudades vecinas con el objeto de hacer cumplir el mandato.

(8) Diaz dice que estuvieron orando toda la noche. „Toda la noche estuvimos en oracion con el padre de la Merced, rogando á Dios que fuese de tal modo, que redundase para su santo servicio.” Hist. de la Conquista, cap. 95.

(9) Segun Ixtlilxochitl, era su retrato. „Se quitó del brazo una rica piedra, donde está esculpido su rostro (que era lo mismo que un sello real.)” Hist. Chich., MS., cap. 85.